

Fotografía de la Puerta del taller de don Ramón Subercaseaux en su residencia del Llano Subercaseaux. (Foto Quintana).

UNA GRAN FIGURA CHILENA

D. Ramón Subercaseaux Vieuña
EL ARTISTA Y FIL GRAN SEÑOR

EN los treinta y siete años de mi estada en Chile, he tenido muchas ocasiones de constatar que el desarrollo y también el refinamiento del arte en el país ha sido debido en gran parte, desde mediados del siglo pasado, al hecho de que varias familias de la alta so-

riedad, digamos de la aristocracia, han tenido instintos artísticos que la cultura general de primer orden que tenían, adquirida en los más serios estudios humanísticos, permitió desarrollar esmeradamente. Aunque es indudable que del mismo modo que el arte no tiene patria, tampoco se preocupa de la clase social a que pertenece el niño en el cual se manifiestan instintos artísticos desde sus primeros años, ni de saber si ha nacido en una choza o en un palacio, no es menos cierto que, luego, para el desarrollo de estos instintos artísticos, los que tienen la suerte de nacer en medios favorecidos por la fortuna encuentran facilidades que no conocen los demás. Ahora bien, en estos medios pudientes, el gusto por el arte se manifiesta, la mayor parte de las veces, por el interés para las cosas del arte, por el deseo de adquirir obras hermosas de pintura, de escultura, de arte decorativo, de encargár trabajos arquitectónicos o decorativos, de formar galerías de arte y colecciones, en pocas palabras, de fomentar el arte y de proteger a los artistas.

Lo que es bastante raro es que entre estos Mecenas se encuentran algunos que se dediquen al arte, no diré profesionalmente, porque no se trata en esos casos, de ejercer una profesión lucrativa, pero sí de una manera constante y exclusiva, consagrando todo su tiempo y todas sus preocupaciones a ejecutar obras personales en el ramo del arte hacia el cual se han sentido instintivamente atraídos, sometiéndose, eso sí, para adquirir, en primer lugar, los principios elementales y, en seguida, los «secretos del oficio», de una severa disciplina, al mismo tiempo que, en los museos y en los medios artísticos completan su educación artística.

En Chile existen algunas de estas familias privilegiadas que, por su prestigio, su importancia social y sus influencias han contribuido no poco al desarrollo brillante de la cultura artística nacional, junto con artistas nacidos

en más humildes cunas. Los nombres de varias familias de la aristocracia chilena, los Lira, los Orrego, los Errázuriz, Subercaseaux, Matte y otros son tan indisolublemente ligados a la historia del arte chileno como lo son, a veces con las mismas personas, a la historia política y diplomática de la República.

Después de este preámbulo, entraré a estudiar, para rendirle un respetuoso homenaje, la personalidad de uno de los miembros más ilustres, desde todo punto de vista, de una de estas familias aristocráticas, don Ramón Subercaseaux Vicuña, cuyo desaparecimiento, hace cuatro meses, después de una corta enfermedad, ha debido ser considerado como un duelo nacional. Para el estudio de tan hermosa vida, evocaré algunos recuerdos personales y me remontaré al año 1903, dos años después de mi llegada a Chile, pues fué en el Salón de Bellas Artes de ese año, que tuve, por primera vez, la ocasión de conocer obras del ilustre extinto.

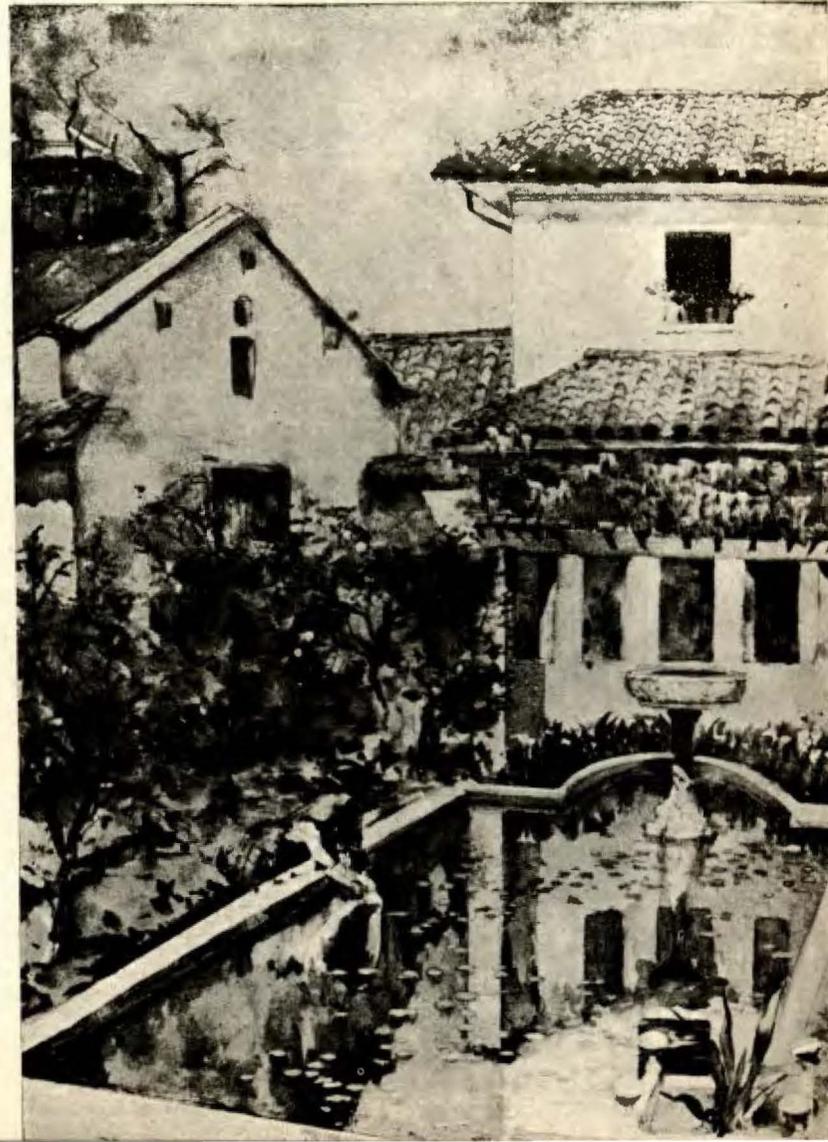
Fué, en ese mismo año que, por primera vez también en mi vida—tanto en Chile como en Francia,—escribí un artículo en el diario «El Ferrocarril» para hacer, a insinuación de algunos amigos, la crítica de dicho Salón.

Reproduciré aquí algunos párrafos de ese artículo, consagrados al estudio de algunas obras presentadas por don Ramón Subercaseaux, porque en ellas se podían apreciar los diversos aspectos de su talento de pintor.

Decía así ese artículo: «Haremos nuestra visita al Salón, siguiendo el orden de colocación de los cuadros y el «panneau» que encontramos al entrar a la sala principal es el del señor Ramón Subercaseaux. Me es grato tener que hablar, en primer lugar de este «panneau», porque si es el primero que se presenta a la vista, me parece que lo es también como cualidad de arte, el de más importancia y valor artístico, sin querer quitar nada a las cualidades que revelan muchas de

las demás obras presentadas. Las telas del señor Subercaseaux se imponen desde luego por la seguridad del dibujo y de la ejecución, la inteligencia de la composición y un conocimiento refinado de los recursos «del oficio»; en fin, tienen esta cualidad tan rara y, sin embargo, tan indispensable en el arte: el estilo. Todos estos cuadros son interesantes y algunos me encantan particularmente, como «La Plaza del Teatro francés», de ejecución franca y fácil, de valores admirablemente justos;

«La Pila de los limones»,
(Acuarela) Chacra Subercaseaux de don Ramón Subercaseaux (Foto Quintana)

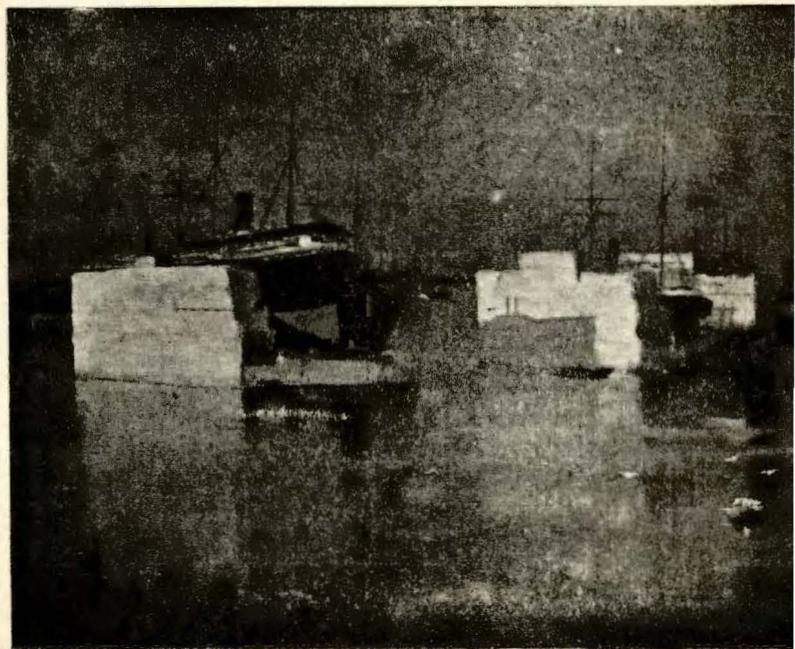


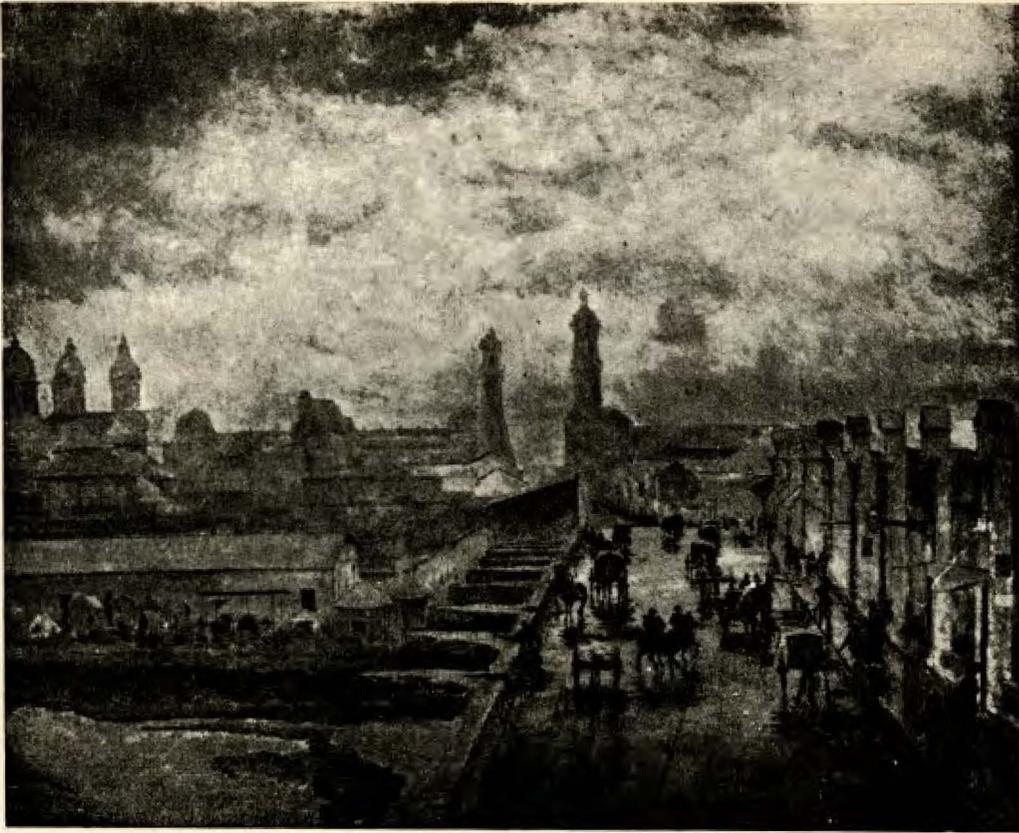
notables para el arte de la pintura que si se hubiera consagrado al arte como profesional como lo hiciera, por ejemplo, su cuñado don José Tomás Errázuriz—pues estas dos familias, Subercaseaux y Errázuriz, unidas por los vínculos los más estrechos, están, a este respecto, como a varios otros, privilegiadas—hubiera ocupado, él también, un lugar de primera fila en la brillante generación de pintores que floreció en París entre los años 1880 y 1900. En una larga estada que hizo en París en esa época, entabló relaciones de gran amistad con muchos de los artistas en boga y es bien conocido el hecho de que los grandes retratistas Sargent y Boldini debieran sus mayores éxitos a retratos de damas de las dos familias que acabo de nombrar, encargados por don Ramón y sus cuñados los señores Errázuriz. En estas condiciones, no es raro que el señor Subercaseaux que frecuentaba diariamente los estudios de maestros como los que acabo de nombrar y también, entre otros, Dagra-Boweret, Luc Olivier Merson, Stevens y otros, haya podido agregar a sus dotes naturales, no solamente una cultura artística superior, sino también una práctica sabia y refinada de la técnica de la pintura. En una exposición organizada hace precisamente en estos días un año, en que figuraban obras de don Ramón y de su hijo Fray Pedro Subercaseaux y también cuadros de la escuela italiana que pertenecían a la galería formada por él, se pudo aquilatar la calidad de esta técnica en una serie de obras ejecutadas por don Ramón, desde los tiempos del fin del siglo pasado hasta la época misma de su muerte, pues, desde que se retiró de la vida pública para regresar a su hermosa propiedad del Llano Subercaseaux y también en su última estada en Roma, había vuelto a pintar con más entusiasmo y juventud que nunca, ejecutando

una serie de escenas bíblicas que dieron una nota muy nueva en su producción artística.

Hasta ahora, no he hablado sino de uno de los aspectos de la rica personalidad de don Ramón Subercaseaux, el de pintor «amateur». Al principio de este artículo decía que, en las familias de la aristocracia, cuando éstas tenían gustos artísticos, éstas se manifestaban generalmente más bien por la adquisición de obras de arte y la formación de galerías que por la práctica personal de un arte cualquiera. Pues bien, si lo que expresé así fuera cierto—y creo que lo es—don Ramón Subercaseaux representaría una hermosa excepción, pues reúne los dos aspectos del completo y verdadero, «amateur d'art», pues, mientras pintaba por su gusto y ejecutaba obras del mayor interés artístico, se dedicaba a reunir una hermosa colección de cuadros (antiguos y modernos) que formaron una galería de gran mérito, una parte de la cual pudimos conocer en la exposición del año pasado que acabo de recordar y en la que figuraban cuadros de grandes maestros italianos de la gran época y muchas obras de

Diques de Valparaíso
óleo de Don Ramón
Subercaseaux (Foto
Quintana).





«Puente de Cal y Cantó», óleo de Don Ramón Subercaseaux pertenece al Museo Histórico de Chile. (Foto Quintana).

de armonía preciosa. Un encanto muy distintos pero intenso emana del paisaje colocado en la pared izquierda: «El Castillo de Stenberg»; la impresión de la hora es exquisita, la composición, original y el dibujo, sólido; un cielo magnífico completa la impresión misteriosa y melancólica de esta tela tan atractiva. ¡Qué hermosa ejecución y qué preciosa pátina tienen todos estos cuadros! ¡Qué carácter en este rincón de parque inglés, tan evocador de todo un país!

Este «panneau» de cuadros al óleo, de la más alta distinción artística se completa con una serie de acuarelas: las dos mayores, «Una calle de París» y «El Canal» son sencillamente admirables y no temo compararlas a las de Yacquemart, el maestro, en Francia, del género, de cuyas obras tienen la firmeza de

dibujo, la sencillez y seguridad de ejecución»...

Lo repito, he reproducido estos párrafos escritos en 1903, porque en ellos creo que había dado una idea exacta de la cualidad del arte de don Ramón Subercaseaux en varios de sus aspectos, desde la primera vez que tuve ocasión de conocer algunas de sus obras.

Desde entonces, tuve el honor de entrar en relaciones de amistad con el señor Subercaseaux y de conocer muchas otras obras ejecutadas por él que me confirmaron en la idea que expresé por primera vez hace muchos años y repetí, después, cada vez que se presentó la ocasión de hacerlo, de que don Ramón, además de su extensa y refinada cultura general, poseía dotes y condiciones tan



«Arco de Tito» (Roma), óleo de Don Ramón Subercaseaux. (Foto Quintana).

pintores contemporáneos de diversas nacionalidades y de gran notoriedad, amigos del señor Subercaseaux que compró dichas obras directamente a sus autores.

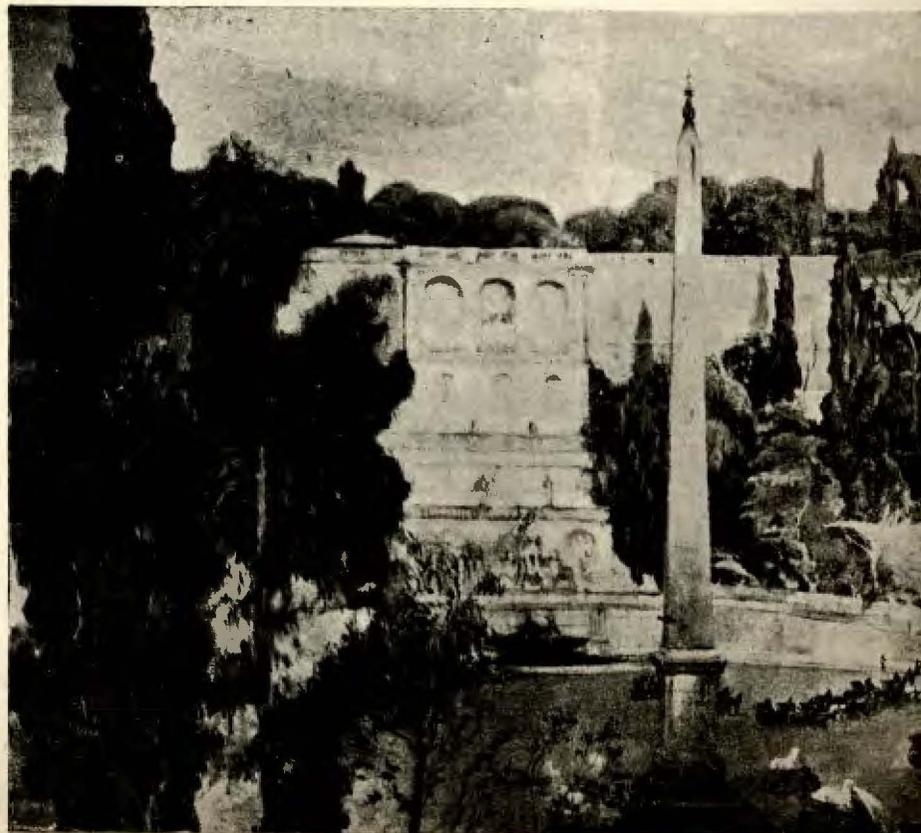
Por lo demás, no es raro que para facilitar la formación de aquella galería, con la preparación y los antecedentes que tenía don Ramón, cuando ingresara a la carrera diplomática, en la cual ocupó, desde el principio y, hasta su retiro definitivo, los más altos puestos, entablara en todas las capitales en que tuvo ocasión de residir, relaciones de amistad con los principales artistas de aquellas ciudades y que su cultura y sus conocimientos artísticos se enriquecieron cada vez más.

Este resumen tan deficiente de la hermosa vida del gran patricio chileno—de origen y de apellido francés, que se me permita recordarlo de paso—sería, por añadidura, dema-

siado incompleto si no hiciera siquiera alusión a dos aspectos de su existencia: el uno público, recordando la brillante actuación en la administración pública del señor Subercaseaux, además de sus éxitos en la diplomacia y los valiosos servicios que, como parlamentario y Ministro de Estado, prestó al país y el otro, privado, rindiendo un solemne homenaje al hombre que, unido en matrimonio a una dama de la más alta nobleza por abuelo personal, formó un hogar que, en cualquier parte del mundo, podría ser dado como modelo, todos los hijos habiendo logrado ser, en sus distintas actuaciones, personajes eminentes: en esta Revista de Arte, quiero citar particularmente entre los miembros de esta familia, a Fray Pedro Subercaseaux que, después de una brillante carrera artística, entró a una Orden religiosa en la cual sigue produciendo hermosas obras de carácter religioso.

Richon-Brunet

«La plaza del Popolo» (Roma) de Don Ramón Subercaseaux. (Foto Quintana).





«La plaza del Popolo» (Roma), óleo de Don Ramón Subercaseaux. (Foto Quintana).

siado incompleto si no hiciera siquiera alusión a dos aspectos de su existencia: el uno público, recordando la brillante actuación en la administración pública del señor Subercaseaux, además de sus éxitos en la diplomacia y los valiosos servicios que, como parlamentario y Ministro de Estado, prestó al país y el otro, privado, rindiendo un solemne homenaje al hombre que, unido en matrimonio a una dama de la más alta nobleza por abuelo personal, formó un hogar que, en cualquier parte del mundo, podría ser dado como modelo, todos los hijos habiendo logrado ser, en sus distintas actuaciones, personajes eminentes: en esta Revista de Arte, quiero citar particularmente entre los miembros de esta familia, a Fray Pedro Subercaseaux que, después de una brillante carrera artística, entró a una Orden religiosa en la cual sigue produciendo hermosas obras de carácter religioso.

Richon-Brunet

«La plaza del Popolo» (Roma), óleo de Don Ramón Subercaseaux. (Foto Quintana).

s contemporáneos de diversas nacionalidades y de gran notoriedad, amigos del señor Subercaseaux que compró dichas obras directamente a sus autores.

Además, no es raro que para la conformación de aquella galería, con la tradición y los antecedentes que tenía don Ramón, cuando ingresara a la carrera diplomática en la cual ocupó, desde el principio hasta su retiro definitivo, los más altos cargos, entablara en todas las capitales en cualquier ocasión de residir, relaciones de amistad con los principales artistas de aquellas ciudades y que su cultura y sus conocimientos artísticos se enriquecieron cada vez

este resumen tan deficiente de la hermosa vida del gran patricio chileno—de origen y apellido francés, que se me permita recordar el paso—sería, por añadidura, dema-

